

CAPITULO XXVII.

TRIUNFOS DEL EMPERADOR.

EL CONCILIO.—EL INTERIM.

De 1547 á 1548.

Nueva confederacion contra Carlos V.—Enojo del emperador con el papa: trátale con dureza.—Traslacion del concilio de Trento á Bolognia con gran disgusto del emperador: proceder de éste.—Prelados que quedaron en Trento.—Muerte de Francisco I. de Francia.—Cómo juzgan á este monarca los franceses.—Marcha Carlos V. contra el elector de Sajonia.—Pasa á nado el ejército imperial el Elba.—Batalla de Muhlberg.—Triunfo de Carlos y prision del elector.—Le condena á muerte y le perdona.—Tratado de Wittemberg.—Domina Carlos la Sajonia.—Visita el sepulcro de Lutero.—Marcha contra el landgrave de Hesse.—Rindesele el landgrave y le pide perdón.—Le humilla y ultraja Carlos V.—Conducta del emperador en la alta Alemania.—Multas.—Toma mas de quinientos cañones y los distribuye en sus dominios.—Carlos en Bohemia —Dieta de Augsburgo.—Horrible asesinato de Pedro Luis Farnesio, duque de Parma, hijo del papa.—Se da Plasencia á los imperiales.—Enojo del pontífice.—No halla quien le ayude á vengar la muerte de su hijo.—La dieta de Augsburgo y el concilio de Trento.—Graves disidencias entre el papa y el emperador en lo relativo al concilio.—Insistencia de uno y otro.—Resolucion que toma Carlos V.—El *Interim*.—Efectos que produjo en Alemania.—Carlos V. en Flandes.—Llama allá á su hijo Felipe.

Todo parecia anunciar que la cuestion religiosa que entonces ocupaba con preferencia la atencion del

mundo estaba cerca de resolverse en favor del catolicismo, y por consecuencia, en conformidad á los deseos del pontífice, del emperador y de todos los amantes de la unidad de la Iglesia y del antiguo culto católico. La confederacion protestante del cuerpo germánico que tan imponente se habia presentado, habia sido vencida y deshecha por las armas imperiales y pontificias reunidas; casi todas las ciudades reformistas del imperio habian vuelto humildemente á la obediencia de Carlos V., el representante y el campeón de la causa católica, y solo le faltaba someter á los dos contumaces gefes de la liga, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, y esto porque le detenian las causas en el anterior capítulo espresadas.

Y en tanto que los protestantes habian sido de esta manera derrotados y abatidos en la lucha material de los combates y batallas, en el terreno de las doctrinas y de la discusion el concilio de Trento habia continuado estableciendo los principios de la fé ortodoxa, y condenando en sus decisiones canónicas como heregías las nuevas doctrinas proclamadas por Lutero, Zwinglio, Calvino y demás apóstoles de la reforma. En las ocho sesiones celebradas por aquella venerable asamblea en 1546 y primeros meses de 1547 se habia designado los libros sagrados que la Iglesia admitia por auténticos, fijando las autoridades que constituyen el dogma católico, establecido la única

doctrina que la Iglesia reconoce como verdadera sobre el pecado original, el libre albedrío, la predestinación, los sacramentos en general, y otros importantes puntos dogmáticos, anatematizando en diversos cánones todo lo que en diverso sentido habían enseñado sobre estas materias los hereges antiguos y modernos; decretando además varias reformas en asuntos de disciplina y de costumbres, tales como la modificación de exenciones y privilegios de las órdenes regulares, la jurisdicción que sobre ellas habían de ejercer los obispos, residencia canónica, pluralidad de beneficios, y otros objetos de reforma que la pureza de la religión, la moral y la opinión pública reclamaban. Siendo, en verdad, no poco lamentable que así como en lo perteneciente al dogma se concordaban felizmente los padres del sínodo, no hubiera la misma dichosa conformidad en lo relativo á la reformatión de las costumbres, suscitándose muchas veces disidencias sensibles entre la mayoría de los obispos de una parte y los legados del papa y algunos prelados de la otra, si bien venían á concertarse y convenir en prudentes transacciones (1).

Mas aunque todo parecia ir marchando á gusto del papa y del emperador y en contra de la causa y

(1) Historia del concilio de Trento, por el cardenal Pallavicini.—Historia del mismo concilio, por Paolo Sarpi.—Cánones et decreta œcumenici Concilii Tridentini, edicion stereotipica de Lipsick, 1842.—Mendham, Memorias del concilio de Trento.—Koellner, De actis Concilii Tridentini.

de los intentos de los protestantes, la situación de Carlos V. y aun la del mismo pontífice, estaban muy lejos de ser lisonjeras en marzo de 1547, cuando acababa de subyugar la alta Alemania y de someter á los confederados de Smalkalde; y no sin razon sospechaba él que en la misteriosa conjuración de Génova hubieran entrado mas poderosos agentes de los que aparecian, y que fuese el prelude de otros mas graves planes. Sus mismos triunfos le habían perjudicado provocando contra sí los celos y la envidia de sus rivales y antiguos enemigos. Francisco I. de Francia se sintió otra vez vivamente atormentado por la envidia al ver las prosperidades y el engrandecimiento del poder de Carlos, y conservando hasta el fin de sus dias su inextinguible odio al emperador, envió emisarios á Alemania para reanimar á los protestantes; entabló correspondencia al mismo efecto con el landgrave y el elector de Sajonia; escitó de nuevo al Gran Sultan á que invadiera otra vez la Hungría; exhortó al papa á que reparase por un esfuerzo vigoroso la falta que había cometido en contribuir tanto al acrecimiento del poder imperial; trabajó por inducir á los venecianos á que entráran en una confederación general contra el emperador; representándole como un hombre que aspiraba á dominar y oprimir todo el mundo; avivó los resentimientos y quejas que el rey de Dinamarca tenia de Carlos, halagándole al propio tiempo con ofrecer la mano de la jóven reina

de Escocia para su hijo; instigó á los que gobernaban la Inglaterra en la menor edad de Eduardo VI. (4) á que tomáran parte en la causa comun y se declaráran abiertamente en favor de los reformistas; reclutó tropas en la Suiza, y las levantaba y municionaba en sus reinos.

Constábele ademas á Carlos V., que el papa, pesoso ya de haberle ayudado tanto, y no contento con haber hecho retirar sus tropas bruscamente y sin

(4) Enrique VIII. de Inglaterra habia muerto el 29 de enero de 1547, á los 57 años de edad y 38 de reinado.—«Nombre espantoso! dice de él un escritor al hacer un resumen de su biografía: ¡todos los caprichos del crimen sin freno éncarnados en un déspota pedante y verdugo! Un reino trastornado, la religion mudada por un real decreto, porque los ojos de una dama de honor han agrado al *campesino de la fé*: seis mugeres sucesivamente arrojadas y maltratadas en su impuro lecho: Catalina de Aragon repudiada; Ana Bolena decapitada; Ana de Clèves afrentosamente despedida; Catalina Howart entregada al verdugo; los nombres mas ilustres, las virtudes mas brillantes, la anciana condesa de Salisbury, el cardenal Fischer, Tomás Moro, arrastrados al cadalso: setenta y dos mil hombres, papistas y luteranos, fueron arrojados á las llamas con una espantosa imparcialidad por el rey pontifice, el *protector y gefe supremo de la Iglesia anglicana!*»

«Bajo el reinado de este príncipe, dicen en su cronologia histórica los autores del Arte de verificar las fechas, no hubo otra reli-

gion ni otras leyes en Inglaterra que su voluntad y su pasion..... Jamás príncipe alguno fué mas absoluto; casi siempre costaba la vida al que se atrevia á oponerse á su voluntad. Se cuenta entre las personas sacrificadas á sus pasiones, dos reinas, dos cardenales, tres arzobispos, diez y ocho obispos, trece abades, quinientos priores, monges y sacerdotes, catorce arcedianos, sesenta canónigos, mas de cincuenta doctores, doce duques, marqueses y condes con sus hijos, veinte y nueve barones y caballeros, trescientos treinta y cinco nobles menos distinguidos, ciento veinte y cuatro ciudadanos y ciento diez damas de condicion. Todas estas personas, á escepcion de las dos reinas, fueron condenadas á muerte por haber desaprobado el cisma, y los desórdenes del rey Enrique, aunque muchas veces les imputáran crímenes para tener ocasion de hacerlas morir.»

Este inquisidor coronado de los protestantes no tenia por cierto que echar nada en cara al Torquemada de los españoles, antes le podia haber dado lecciones de crueldad, sin habérsele parecido en otras cualidades.

darle parte, se alegraba de las contrariedades que le promovia el rey Francisco, y él mismo le suscitaba cuantas podia, hasta negarle ya las rentas esclesiásticas de España que le habia concedido. Caya conducta enojó tanto al emperador con el pontífice, que trataba con las espresiones mas duras, asi á Su Santidad como á sus legados y nuncios, diciendo entre otras cosas, «que de alli en adelante pensaba acatar á San Pedro, pero no al papa Paulo;» «que asi impedido como se veia, con un brazo gotoso y el otro sangrado, esperaba ir á acabar lo que le quedaba, y pues Su Santidad no le daba otra asistencia ni ayuda, en cuanto fuese á la jornada que pensaba hacer contra los protestantes, el nuncio y el legado irian en la primera fila para que diesen ejemplo á otros, y viesen el efecto que hacian con sus bendiciones (1);» «y en otras frases ni mas reverentes ni menos duras.»

Aumentó el disgusto y el enojo del emperador la novedad ocurrida en el concilio de Trento y la determinacion del Pontífice de trasladarle á Bolonia. Tiempo hacía que Paulo deseaba llevar el concilio á una ciudad de Italia. Con arreglo, pues, á sus instrucciones, y con motivo de haberse difundido la voz de que reinaba en Trento una enfermedad epidémica, propusieron los legados pontificios en la sesion octava

(1) Carta del emperador á don Diego de Mendoza, fecha 17 de marzo de 1547. Archivo de Simancas, Negociado de Estado, legajo núm. 664.

(11 de marzo, 1547), que se hiciese la traslación á Bolonia, lugar sano, cómodo y poco distante. Por mas que los obispos españoles se opusieron y protestaron, ya por no creer en el peligro del contagio, ya porque sabian el desagrado que habia de causar al emperador, la traslación quedó decretada, y en su virtud se trasladaron á Bolonia treinta y ocho prelados, si bien permanecieron en Trento otros diez y ocho italianos y españoles, súbditos del emperador. La medida, en efecto, no solo desagradó, sino que irritó tanto á Carlos V., que en una audiencia que sobre ello tuvo con el nuncio de Su Santidad, se desató en ásperas reconvenciones y en fuertes amenazas, hablando del pontífice con la acritud que hubiera podido hacerle protestante (1).

(1) «Y cuando el Nuncio (le decía á don Diego de Mendoza, dándole cuenta de esta audiencia) á repetir otra vez que en todo caso mandásemos á los prelados que están en Trento que fuesen á Bolonia, por lo que tocaba á la autoridad del concilio y escusar el inconveniente que por ventura se le podría causar de scisma, y pareciéndonos que lo habia dicho de mala manera, le respondimos que no solamente á Bolonia si fuese menester, pero que á Roma los haríamos ir, y los acompañaríamos con nuestra propia persona por asegurarlos; alargándonos en decir y encarecer la no buena intención y acciones del papa, juzgadas de todo el mundo por ser ya tan manifiestas. Y queriendo sacar el dicho Nuncio, y preguntándonos que qué mal hacia el papa,

no le respondimos otra cosa sino que hacia de bien ninguna cosa; á que dijo de presto: «á lo menos atiende á vivir;» y Nos le respondimos que esto era la verdad, pues se sabia el estudio y cuidados que tenia de ello, y de engrandecer su casa y juntar dineros, y que por tener fin á esto, echaba atrás todo lo que tocaba á su oficio y dignidad; pero que Nos esperábamos en Dios, que aunque Su Santidad se descuidase de esto y no quisiese ayudarnos, que él nos haria merced de enderezar y hacer lo que conviniese á su servicio, y aun por ventura mucho mejor de lo que Su Santidad querria.... etc.» —Carta de S. M. á don Diego de Mendoza, fecha 25 de abril de 1547. Archivo de Simancas, Negociado de Estado, leg. 644, folio 87.

Otro grave disgusto vino en este tiempo á aumentar los cuidados del emperador, á saber, el levantamiento de la ciudad y reino de Nápoles, producido por la resistencia tenaz de los napolitanos á admitir en su reino la Inquisición de España. Olvidado sin duda Carlos V. de lo que en 1540 habia acontecido en Nápoles cuando su abuelo el Rey Católico quiso establecer allí el Santo Oficio, habiendo tenido que desistir de su empeño por la violentísima oposición con que fué rechazado (1), habia dado orden al virey de Nápoles don Pedro de Toledo, hombre generalmente aborrecido ya por su áspera condición y su tiránico proceder, para que instalase allí la Inquisición, tal como los Reyes Católicos la habian puesto en España. Por mas que el virey, no desconociendo el espíritu del pueblo, intentó hacerlo con cierta maña y cautela, traslucióse su pensamiento, y el pueblo comenzó á alterarse, hasta el punto de protestar en alta voz y á gritos que antes se dejarían todos hacer pedazos que consentir la Inquisición en Nápoles. Tal fué la alteración, que con noticia que de ella tuvo el papa Paulo III. espidió un breve declarando pertenecer al fuero eclesiástico y á la jurisdicción apostólica el conocimiento de las causas de heregía, y mandando al virey que se abstuviera de entrometerse en proceder contra los hereges por via de inquisi-

(1) Véase el tom. X. de nuestra Historia, cap. XV. tra Historia, pág. 383, lib. IV.

cion ⁽¹⁾. Animáronse con esto los napolitanos; pero don Pedro de Toledo, que como dice un sabio español, «era mas noble que de buena condicion,» porque no dijera que se dejaba vencer del papa, llevó adelante su terquedad, y procedió á nombrar inquisidores.

Despues de muchas y muy agrias contestaciones y amenazas que esto produjo entre el pueblo y el virey, tumultuóse un día la poblacion entera (enero, 1547), y agrupándose en la plaza, nobles y plebeyos juraron unirse y ayudarse para resistir el establecimiento del tribunal inquisitorial y todo lo que fuese contrario á sus libertades, depusieron al conservador y á los del consejo de la ciudad, y dieron el oficio de conservador al famoso médico Micer Juan de Sessa hombre de gran prestigio en el pueblo. A vista de tan imponente actitud, el virey, que se hallaba en Puzol, halagó y aquietó mañosamente á los sublevados, asegurándoles y protestando que no se volveria á hablar mas de aquel negocio. Mas cuando observó que el pueblo descansaba ya confiado y tranquilo, mandó abrir proceso contra los promovedores del pasado disturbio. Otra vez se apoderó la inquietud de los ánimos. En esto aconteció que por delante de un grupo de cinco nobles mancebos pasó un corchete llevando preso un hombre que habia sido criado del padre de uno de ellos, y como el conducido

(1) Coleccion de Breves pontificios: Paulo III.

gritára: «Señores, que me llevan preso por la Inquisicion!» los jóvenes se lanzaron sobre el alguacil, y le arrebataron el preso. Pero ellos á su vez fueron llevados á la cárcel por el regente de la vicaría. Noticioso de este hecho el virey, montó en cólera, partió apresuradamente de Puzol á Nápoles, y sin forma de proceso hizo ahorcar dentro de la prision á tres de los jóvenes, que ninguno pasaba de diez y siete años, mandó arrojar sus cadáveres á la calle, y publicó un pregon ordenando que nadie fuera osado á enterrarlos ni recogerlos sin espresa licencia suya.

Proceder tan inhumano, imprudente y despótico (que al mismo emperador cuando lo supo pareció injustificable demasía) indignó á todos los habitantes de Nápoles, la ciudad se puso en armas, se tocaron las campanas de todas las iglesias, se pasó por las callas un crucifijo, obligando á cuantos se encontraba á jurar sobre él union para resistir al virey, se enarboló el estandarte imperial y se gritaba: «¡Viva el emperador, y muera el virey y los malos ministros!» Don Pedro de Toledo, cuya vida se vió muy en peligro, lejos de buscar un medio para ir templando el furor popular, mandó disparar contra el pueblo la artillería gruesa de los tres castillos, haciendo estrago grande en edificios y personas, y que de uno de ellos salieran los arcabuceros con orden de matar á cuantos encontráran con armas. Tres dias seguidos duró la pelea y la matanza en las calles,

hasta que cansados unos y otros, é intercediendo buenos medianeros se asentó tregua por unos días prometiendo el virey no castigar á nadie hasta que se diese cuenta al emperador. El virey y la ciudad, cada cual por su parte, enviaron comisionados á Carlos V.: entre los últimos iba el príncipe de Salerno. Pero antes que unos y otros regresáran, y sin respeto á la tregua, y sin género alguno de consideracion ni de humanidad, volvieron á perseguirse y acometerse napolitanos y españoles, degollándose unos á otros con bárbaro furor.

Llegaron en esto las tropas que el virey habia pedido al duque de Florencia, y alzando al propio tiempo el destierro á todos los foragidos, «en un dia entraron en Nápoles mas de cinco mil ladrones, homicidas y otros facinerosos..... No habia hacienda segura, las calles amanecian llenas de cuerpos muertos..... (1).» Y la guerra que se siguió en las calles y dentro de cada casa de Nápoles entre habitantes, españoles, presidiarios y soldados, es cosa que no puede ni leerse ni contarse sin horror. Dias y noches pasaron unos y otros saqueando, incendiando y degollando á su vez (julio y agosto, 1547). La insurreccion se estendió á las ciudades de Cápua, Nola y Aversa, y á toda la Tierra de Labor. En esto regresaron los comisionados con cartas del emperador, en que declaraba ser su voluntad que los napolitanos de-

(1) Sandoval, lib XXIX., párrafo 34.—Giann. Istor. di Napoli.

jasen las armas y obedeciesen al virey, trayendo un perdon general, con escepcion de treinta personas que debian ser juzgadas y sufrir la pena á que las sentenciase el tribunal. Duro se les hizo á los napolitanos, que tanto aborrecian al virey, obedecer estando en que se les mandaba entregar las armas y municiones dentro de tercero dia. Pero la llegada de dos mil españoles al puerto los obligó á sucumbir mas pronto; los mas fueron haciendo su entrega; muchos huyeron de Nápoles, y quedó la ciudad medio despoblada. La infantería española salió á sujetar y castigar las demas poblaciones. Quedaba solo uno de los castillos de Nápoles, de que se habian apoderado los rebeldes, y que defendian con veinte y cinco piezas. Pero al fin se rindieron tambien, bajo el seguro que el virey les dió de que intercederia con su magestad imperial, haciendo con ellos oficio de abogado mas que de juez. La ciudad fué multada en cien mil ducados, y se prohibió á los naturales del pais en la circunferencia de cuarenta millas de Nápoles usar ni tener armas blancas ni de fuego de ninguna clase. Muchos desampararon aquella hermosa tierra huyendo el rigor de la dominacion imperial, y algunos, como el príncipe de Salerno, se pasaron á Francia.

Cuando tales disgustos y cuidados aquejaban á Carlos V., impidiéndole dar cumplido remate á su empresa de Alemania, su buena estrella le deparó el mayor desahogo y respiro que pudiera desear, con la